

LA APATÍA RELIGIOSA DE LAS CAPAS MÁS BAJAS DEL PUEBLO PRESUNTAMENTE COMO  
RESULTADO DEL PESIMISMO \*

---

RELIGIOUS APATHY AMONG THE LOWER STRATA OF THE POPULATION PRESUMABLY AS A  
RESULT OF PESSIMISM

por  
*Olga Plümacher*

*José Carlos Ibarra Cuchillo* (traductor)  
Universidad de Barcelona, España

---

\* Olga Plümacher: *Der Pessimismus in Vergangenheit und Gegenwart* [El pesimismo en el pasado y en el presente], Heidelberg, Georg Weiss, Verlag, 1884, Capítulo VIII, Apartado II.

Es un hecho incontestable que en la actualidad estratos cada vez más amplios de la sociedad se están alejando de la vida eclesiástica (*kirchlichen Leben*); es especialmente la cuarta clase, los obreros de las fábricas, el proletariado de las grandes ciudades y de los distritos industriales, entre quienes más se manifiesta esta falta de sentimiento religioso.

Existen múltiples opiniones que difieren en cuanto a la causa de este fenómeno. Los optimistas religiosos, que buscan la raíz del pesimismo en el hecho de que los bienes materiales y los placeres sensuales están indebidamente sobrevalorados y piensan que la carencia de los mismos conduce a la inculpación del mundo, ven la razón de ello en la prevalencia que el pesimismo tiene entre estas clases, lo que constituye una prueba de su afirmación: el pesimismo engendra irreligión. Antes de entrar en materia, conviene tener en cuenta la otra opinión: la de ciertos optimistas ilustrados, según los cuales el distanciamiento de la Iglesia supone un progreso intelectual, que no exento de obstáculos debe considerarse, sin embargo, como una etapa favorable para la humanidad en aras de su desarrollo futuro. Ambas opiniones no nos desvían de nuestro tema; en realidad, las objeciones que tenemos que hacerle al optimismo religioso surgen directamente de esta última opinión.

Frente a la postura del optimismo ilustrado, hay que tener presente que, a excepción de las capas superiores de la población científica y filosóficamente educadas, son los estratos más incultos y burdos del pueblo los más llamativamente anticlericales e irreligiosos, mientras que en las regiones medias el fermento religioso sirve para un inseguro tanteo de nuevas formas para lo que es, de hecho, un viejo anhelo.

Sin embargo, a falta de una transición conciliadora, creemos estar justificados al concluir que hay una causa muy diferente para estas condiciones, que exteriormente muestran cierta semejanza, y no creemos equivocarnos en que el relajamiento del instinto religioso se debe a un proceso de regresión en la vida mental y espiritual de las clases más bajas; un proceso de regresión como consecuencia de la lucha extremadamente difícil por la existencia material a la que se ven abocados.

No es la reflexión acerca de las contradicciones de los dogmas entre sí o sobre las contradicciones inmanentes de algunas formulaciones conceptuales dogmáticas lo que lleva al proletariado de nuestros centros industriales a la indiferencia religiosa o a los vivaces de espíritu (*geistig lebhaftem*) al ateísmo convencido. Si fueran los recelos lógicos o simplemente una elevación ociosa y moral por encima de las formas de la religión típicas de la antigüedad y la Edad Media, la negligencia moral no iría de la mano de una indiferencia religiosa tan triste y clamorosa, pues la experiencia enseña que en las clases superiores el grado de energía moral, en la medida en que se manifiesta en la conducta de la vida, es independiente de la posición que tenga ante la Iglesia. Si así fuese, en un futuro lejano, el auditorio de los pastores lo formaría en su mayoría el cuarto estado; no será el caso.

La congregación creyente (*gläubige Gemeinde*) del clero reformista de mente abierta está formada por hombres cuya capacidad de pensamiento, con o sin la influencia que proporciona conocer los logros alcanzados en cada campo, les ha llevado a ver a través de la invalidez de los dogmas ortodoxos, pero que carecen del suficiente talento especulativo o cuya energía intelectual (*geistige Energie*) se ocupa de otras cosas—por culpa del estudio o el desempeño profesional—para reconocer como tales las medias tintas en las que ha caído la iglesia reformista tras la supresión de los dogmas más duros y ofensivos para la sensibilidad moderna, y que, pese a todo, debe conservar si desea evitar su bancarrota como iglesia.

Estas son las mujeres educadas (*gemütvollen Frauen*), espiritualmente activas y acomodadas, cuyos instintos morales de amor y compasión se alejan de los oscuros dogmas de la predestinación, etc.;

mujeres cuyo vivaz espíritu se excita agradablemente con la fragancia filosófica que los más profundos de los predicadores reformistas saben esparcir sobre sus presentaciones y cuyo impulso hacia el progreso y el desarrollo del espíritu encuentra satisfacción en la conciencia de haber superado, por fin, las contradicciones de la *vieja* fe, pero cuya perspicacia lamentablemente no se detiene en las debilidades y brechas de la fe moderna, revestida de frases poéticas; y, por último, las mujeres y los hombres cuya excepcional postura eudemonista (*eudämonistisch exceptionelle Stellung*)<sup>1</sup> les hace especialmente proclives y aptos para la iglesia reformista, que enseña un mundo decorado con el rosado velo de la lógica y las azules nubes del optimismo naturalista estetizante.

¡El proletario, sin embargo, no quiere saber nada de esta iglesia, no porque vea a través de las debilidades de sus enseñanzas, no porque se haya curado de cualquier forma de cristianismo! Si puede decirse que el cristianismo ha recuperado parte de este terreno perdido dentro del cuarto estado, es la interpretación más sencilla de los Evangelios, la representación realista de los acontecimientos más fantásticos, tal como la presentan los predicadores, algunos de los cuales son completamente incultos, lo que vuelve a atraer a los cansados y agobiados (*die Mühseligen und Beladenen*). Que las contradicciones más palpables, las ofensas más groseras al sentido común se enseñen y se crean todavía hoy en tantas asambleas sectarias, lideradas por zapateros y tejedores, comprendan principalmente el elemento religioso del proletariado, muestra claramente que la falta de religión de las clases más bajas no es una etapa transitoria del progreso, sino un producto de la regresión espiritual, bajo la presión de las condiciones externas en que se hallan (*ein Product geistiger Rückbildung, unter dem Drucke der äussern Verhältnisse, unter denen dieselben stehen*)<sup>2</sup>. Este proceso de regresión se vuelve comprensible cuando se considera que en algunos lugares tanto el trabajador de la fábrica como el jornalero rural han caído en una situación comparable a la del salvaje, en la medida en que el contenido de toda su vida y esfuerzo se agota en la obtención del alimento más necesario y la protección más exigua contra los extremos climatológicos.

El pesimismo, pues, no es la causa de la irreligiosidad en el proletariado. El proletario, en cuanto que socialdemócrata con mayor o menor conciencia, no es más que un *pesimista indignado* (*Entrüstungspessimist*). Ya hemos discutido cómo el *pesimismo indignado* presupone en realidad un *optimismo eudemónico*, por lo que podemos ceñirnos aquí al caso concreto sin mayores discusiones.

---

<sup>1</sup> Puede desconcertar que una pesimista se sirva de la expresión “excepcional postura eudemonista”, y por eso requiere de explicación. En nuestro tiempo y en nuestras relaciones culturales, instaladas en un orden social concreto, hay casos en los que se da un número relativamente alto de existencias en las que el sufrimiento de la vida tiene lugar sólo en sus formas más suaves, y no sólo según su forma externa, sino principalmente también según la interna; de modo que incluso las formas de sufrimiento absolutamente inevitables que la naturaleza impone ineludiblemente, esto es, la enfermedad, la muerte de los familiares, la propia muerte, el disgusto del amor no correspondido, etc., pueden ser compensadas por toda clase de aditamentos y distracciones. Así, los males pierden una parte de su amargura a través de todo tipo de accesorios, amortiguándose y suprimiéndose el sufrimiento. Estas personas templadas, que se sienten tan cómodas en su interior como en su exterior, que apenas tienen tentaciones de pecar, y mucho menos de delinquir, pues sus inclinaciones están en armonía con lo que les es seguro, y cuyo espíritu no posee el necesario poder de expansión para aclararse las razones por las que goza de tan aventajada situación y por qué con cada cambio debe presentarse una visión del mundo bastante diferente; estos son, decimos, los principales adherentes de la iglesia reformista.

<sup>2</sup> Lo que resulta una paradoja desde el punto de vista de los optimistas del progreso coincide con nuestra opinión, a saber: que para las clases bajas es una ganancia en todos los sentidos si se convierten en miembros convencidos de una congregación sectaria (*Stündler*, según el término que emplean los suizos). Los hombres se retiran de la taberna, las mujeres se vuelven más limpias en sus quehaceres domésticos y visten mejor; los lazos familiares se estrechan; la cohesión de la comunidad ayuda a resolver muchos de los apuros, y las dificultades inevitables se soportan con más dignidad.

En su condición de oprimido, en su extenuante lucha contra las penurias que lo acosan, el proletario no puede alcanzar una visión suficientemente amplia de la vida como para ser capaz de juzgar con objetividad y serenidad el valor eudemónico de la vida. La diferencia entre la puesta en peligro de su propia vida, cuyo mantenimiento sólo puede alcanzar a través de la lucha laboral más agotadora, y la posesión real o aparente de la condición natural de las clases superiores sin lucha es tan grande que, en verdad, no se le puede culpar si termina considerando la diferencia de valor eudemónico como una diferencia positiva y no meramente relativa. Resulta innegable que el grado de diferencia relativa es tan grande que influye en la conformación de su vida hasta en los recodos más profundos de su desarrollo espiritual.

La mayoría de los que profesan el pesimismo filosófico moderno no proceden de las clases más favorables de la sociedad porque se lo mezcla con la blasfemia a causa de un exceso de indulgencia, sino porque, sencillamente, primero hay que estar a salvo de la lucha animal para poder sopesar y valorar esta última<sup>3</sup>.

El proletario siente a cada hora que su vida es miserable, miserable a causa de la carencia; y piensa que si la carencia, que en su caso es el elemento dominante y da color y tono a su vida, desapareciese, la vida tendría que ser todo lo opuesto, es decir, feliz. Cuando oye frases optimistas sobre un mundo arreglado para la felicidad de todas las personas, sus sentimientos se sublevan como si fuera excluido sin razón, como la Cenicienta (*Aschenputtel*) del orden mundial, resintiéndose con sus semejantes y con el Dios de los optimistas, al que no puede comprender.

El retorno a la religiosidad—o la elevación a un nivel que haga posibles los sentimientos religiosos—y, por tanto, la superación del pesimismo resultante de la indignación vulgar, con su influjo moral degenerado, no lo encuentra el hijastro (*Stiefkind*) de la Fortuna a través de las teorías del racionalismo optimista, sino por medio del reverso genuinamente pesimista de los presupuestos religiosos emocionales. El camino de la *conversiones* (*Bekehrungen*) es siempre el de ampliar la mirada y reconocer el sufrimiento general junto al propio, que la miseria retroceda por el reconocimiento de la miseria interna, que el *sufrimiento* (*Leid*) se convierta en un mal (*Uebel*) que aparezca, sin rodeos, como pena, como pecado. Lejos de ser el pesimismo el responsable del sentimiento religioso y del esfuerzo, es, por el contrario, la profundización de la conciencia pesimista, el progreso desde el inmaduro pesimismo indignado, que todavía se aferra a su origen materialista—hedonista—optimista, a una forma decididamente superior, porque—aunque sin duda sigue evidenciando una visión unilateral y superficial del mundo—ya busca las raíces internas de la miseria en lugar de verlas en exterioridades (*Ausserlichkeiten*).

El pesimismo indignado está sujeto a la acusación de que el pesimismo es el resultado de sobreestimar los bienes materiales. Este pesimismo puede llevarnos a socavar la religiosidad, pero cabe recordar que es en sí mismo un género que tiene diferentes especies, y como aquí se considera su forma socialdemócrata, está claro que ciertas condiciones le hacen proclive a aflojar la receptividad religiosa. El pesimismo moderno, sin embargo, no se ve afectado en absoluto por estas acusaciones, ya que a él le resulta esencial despejar a fondo tanto el pesimismo indignado (género y especie) como sus presupuestos optimistas.

---

<sup>3</sup> Ralph Waldo Emerson, el ensayista filosófico estadounidense recientemente fallecido, dice en alguna parte a su ingeniosa manera: “el principal valor de montar a caballo, jugar al billar y otros deportes similares reside en que los jóvenes aprenden a ver que no constituyen la felicidad”.